

Citation style

Ruiz, Elisa: Rezension über: Giacomo Cardinali, "Qui havemo uno spagnolo dottissimo": gli anni italiani di Pedro Chacón (1570 ca.-1581). Saggio di ricostruzione biobibliografica a partire da carteggi coevi, Città del Vaticano: Biblioteca Apostolica Vaticana, 2017, in: *Exemplaria Classica*, 22 (2018), S. 379-381, DOI: 10.33776/ec.v22i0.3536, heruntergeladen über Website

exemplaria
C L A S S I C A
Journal of Classical Philology

copyright

This article may be downloaded and/or used within the private copying exemption. Any further use without permission of the rights owner shall be subject to legal licences (§§ 44a-63a UrhG / German Copyright Act).

GIOVANNI CARDINALI, «*Qui havemo uno spagnolo dottissimo*»: *gli anni italiani di Pedro Chacón (1570 ca.-1581)*, *Saggio di ricostruzione bio-bibliografica a partire da carteggi coevi*, Città del Vaticano: Biblioteca Apostolica Vaticana, 2017, 306 pp., ISBN 978-88-210-0983-9.

El sacerdote Pedro Chacón, natural de Toledo, murió en Roma, el 28 de octubre de 1581 a la edad de 56 años. Según su última voluntad quiso ser enterrado en la iglesia de San Giacomo degli Spagnoli, deseo que se cumplió. Hasta aquí la trayectoria vital de este erudito humanista se ha reconstruido en sus líneas esenciales a través de tres fuentes algo tardías, cuyos autores no le conocieron personalmente. Se trata de los esbozos realizados por Jerónimo Ramón de la Higuera (1538-1611), André Schott (1552-1629) y Nicolás Antonio (1617-1684). Los dos primeros eran jesuitas y el tercero, un clérigo secular. El primero de ellos proporciona, entre otras noticias, algunos datos familiares. El padre del biografiado fue un cirujano apellidado Solís. El nombre de la madre era Teresa Chacón. El matrimonio, oriundo de Ávila, se trasladó a Toledo para evitar los estragos de una fuerte epidemia local. Pedro siendo un niño tuvo por maestros a Alonso Cedillo, racionero de la catedral, y al prestigioso Alejo Venegas, quien estudió en París y fue partidario de Pierre de la Ramée. Cardinali afirma que Chacón no alcanzó una titulación universitaria, pero en la obra citada se refiere con claridad que cursó los estudios de *utroque iure* por indicación familiar (f. 187v). Sin embargo, no quiso seguir el camino de la abogacía ni de la judicatura. También adquirió una formación en Artes y Teología en Salamanca, siendo discípulo del afamado dominico Domingo de Soto. Tal vez pudo frecuentar la universidad de Alcalá de Henares en algún momento. El prestigio alcanzado en su ciudad natal le valió ser preceptor del hijo de un acaudalado vecino de Toledo, Juan de Almeida, oriundo de Portugal. Este puesto le supuso desplazarse a Salamanca con el pupilo. A partir de este traslado debió de afianzar su amistad con prestigiosos maestros allí residentes. En la segunda mitad del siglo XVI floreció en la Península una notable generación de estudiosos, defensores de un Humanismo cristiano. Algunos de ellos formaban parte del claustro de las universidades complutense y salmantina. Fray Luis de León, Francisco Sánchez de las Brozas, Benito Arias Montano, Gaspar de Grajal, Martín Martínez de Cantalapiedra, Alonso de Gudiel, Alvar Gómez de Castro, etc. Fueron hebraístas, helenistas, latinistas y, en una palabra, filólogos que pretendieron renovar el conocimiento de una producción escrita de reconocido prestigio mediante la aplicación de una crítica textual de las fuentes bíblicas, clásicas y patristicas. Su método de trabajo era la *emendatio*.

Algunos de ellos eran partidarios de la doctrina racionalista defendida por el controvertido Pierre de la Ramée. Los representantes de esta corriente fueron a veces considerados como potenciales enemigos de la religión establecida a raíz del concilio tridentino. Estas sospechas desembocaron en denuncias y procesamientos. La intervención del Santo Oficio de la Inquisición actuó contra varios de los nombres indicados más arriba.

El jesuita Higuera afirma que el purpurado Rodrigo de Castro y Osorio, quien fue un notable diplomático y desempeñó puestos importantes en la corte de Felipe II, ofreció a Chacón entrar a su servicio, pero el toledano declinó cortésmente la invitación. En cambio, se marchó en compañía del clérigo don Luis de Castilla a Roma. Este personaje era hijo ilegítimo de don Diego, deán de la catedral de Toledo. Pedro fue hospedado en la Ciudad Eterna por el jurista Miguel Tomás, quien había sido enviado por el rey como representante hispano en el Concilio de Trento. Al término de esa misión fue encargado de colaborar en la empresa de realizar una nueva edición crítica del *Decretum* de Graciano. Este doctor en Leyes fue gran amigo del humanista, polígrafo y numismático Antonio Agustín, quien llegó a ser, entre otros cargos, arzobispo de Tarragona. Tales primeros contactos con connacionales ilustres facilitaron a Chacón ser bien recibido y apreciado en los medios ilustrados de la Curia pontificia. Su excelente preparación científica y la afabilidad y mesura de su carácter le franquearon todas las puertas.

La elección de Roma como lugar permanente de residencia, dejando a un lado la hipótesis de una estancia napolitana, no ha recibido ninguna explicación plausible. A título de conjetura considero que Chacón llegó a entablar unos lazos de afecto en Salamanca con los maestros anteriormente indicados. Los graves problemas sufridos por algunos de estos humanistas de la segunda generación quizá le indujeron a marcharse fuera del reino viendo el peligro que acechaba a ciertos amigos. Por ejemplo, el helenista Francisco Sánchez de las Brozas, quien realizó una labor estimable en el campo de la crítica y del comentario de textos sacros y profanos, fue objeto de un proceso inquisitorial, bien conocido. En el curso de esta acción judicial se adujo en favor del maestro denunciado el libro de Pedro Chacón titulado *De triclinio Romanorum et de modo accubandi Christum in coena*, dedicado al papa Gregorio XIII (Martín Fernández Navarrete, *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, Madrid: Viuda de Calero, 1843, vol. II, p. 86). Esta vía merecería ser explorada. En la obra aquí reseñada no se trata dicha cuestión.

Giacomo Cardinali ha trabajado con las tres fuentes tradicionales y con la apoyatura de citas ocasionales en algunas cartas, medio de comunicación social muy cultivado en la época. Los datos extraídos por el autor de esta monografía a partir del testimonio más antiguo merecen algunas puntualizaciones. El encabezamiento correcto del nombre del jesuita sería “Higuera, Jerónimo Ramón de la” en lugar de la forma empleada; en la cita del apartado biográfico

referente a Chacón no se menciona el título de la obra en que se encuentra (*Historia eclesiástica de la imperial ciudad de Toledo*); ni se ofrece la signatura completa del manuscrito (BNE, MSS/1293, volumen noveno, ff.187r-190v). La lectura de las páginas allí dedicadas a nuestro personaje produce la impresión de que Cardinali no ha manejado directamente esos textos o bien que no los ha interpretado de manera correcta. Por ejemplo, niega que Chacón hubiese cursado estudios universitarios, cuando de hecho allí se afirma todo lo contrario (p. 187v). Asimismo, sostiene que el biografiado entró en contacto con don Luis de Castilla en Roma. Sin embargo, Higuera indica que ambos amigos viajaron juntos a Roma: “[Chacón] alcanzó al doctor don Luys de Castilla, natural de Toledo, que le yba esperando y ambos juntos fueron a Roma” (p. 188r). Los pasajes citados en español presentan varios errores de transcripción y de lengua que serían subsanables.

La parte más interesante del volumen reseñado consiste en las noticias de interés transmitidas por los pasajes de cartas en donde se menciona al toledano. La recopilación epistolar debería ser más completa. Otra cuestión de interés sería el intento de reconstruir la biblioteca personal de Chacón. Se trata de un asunto harto complejo. La dispersión del fondo a su muerte fue catastrófica. La rigurosa metodología de trabajo del fallecido y el interés suscitado por sus contribuciones favorecieron la apropiación material y, a veces, intelectual de sus aportaciones por algunos estudiosos de la época. Ciertamente, el testador legó la parte más granada del fondo a su gran amigo don Luis de Castilla, quien llegó a ser también deán de la catedral de Toledo, como su padre. Esta parte de la monografía merecería un mayor desarrollo.

Son dignos de elogio los distintos apéndices, índices y láminas que completan el volumen. Es un material indispensable en una obra de estas características.

En resumen, el libro de Giacomo Cardinali amplía el conocimiento de una figura singular hispana en determinados aspectos relacionados con sus años romanos. Dada la importancia cultural de la persona biografiada, hay que agradecer al autor italiano su esfuerzo por recuperar la imagen de un hombre erudito en grado sumo y muy poco conocido por sus connacionales. Confío en que algún investigador español complete las lagunas que todavía quedan por colmar.

ELISA RUIZ
zahara@ghis.ucm.es